

La tarde se ha quedado fría y a veces el sol, apagado, ilumina las calles. Las voces se elevaban por encima de los miles de ruidos metálicos de una gran multitud de máquinas. Al fondo del local, en el futbolín, estaban María y Ana...



ANA.- ¿Cómo dices que se llama?

MARÍA.- Álvaro.

ANA.- ¿Y va a tu clase?

MARÍA.- ¡Qué va! Es de 2º de ESO.

ANA.- Nos ha mirado, nos ha mirado.

MARÍA.- Creo que no nos ha mirado a nosotras. Mira ahí vienen las de 2º de ESO.

ANA.- Que no, que te digo yo que nos ha mirado a nosotras.

MARÍA.- Como tú quieras...

ANA.- ¿Sabes si está con alguien?

MARÍA.- Ni idea, pero decían algo de una chica. A lo mejor es una de esas con las que está hablando.

ANA.- Tenemos que acercarnos. Tenemos que hablar con él, que se fije en nosotras. Bueno, mejor dicho, tú me dijiste algo de que no te gustaba, ¿no?

MARÍA.- A mi no me gusta, no te preocupes.

ANA.- Pues no lo entiendo, es tan guapo. Venga, vamos.

MARÍA.- Ni nos ha mirado. No nos ha hecho ni caso, ni siquiera cuando le has preguntado la hora.

ANA.- Hay que hacer algo. ¿Qué se te ocurre?

MARÍA.- ¿Irmos? Huelo a humo de tabaco, es asqueroso. Me están llorando los ojos.

ANA.- Justo. Tienes razón. ¡Sígueme!

MARÍA.- Pero, ¿a dónde vamos?

ANA.- Hola, ¿tienes un cigarro?

MARÍA.- Tía, ¿qué dices?

ANA.- ¿Cómo? ¡Venga, nos vamos, María!

MARÍA.- ¿Qué ha pasado?

ANA.- Nada, que va el tío y me dice que no va a malgastar un cigarro conmigo, que a ti sí que te lo daría. Y que me fuese a jugar con las muñecas.

MARÍA.- Si te lo hubiera dado, ¿hubieses fumado?